

Los chimpancés miran a los ojos

Andrea Ferrari

Ilustraciones de Sebastián Santana

loqueleg

UNO

A mí me rescataron los animales. Sé que así dicho suena bastante más aventurero de lo que fue en realidad, pero eso no significa que sea mentira. Porque en ese tiempo yo estaba completamente perdida. Y ellos, a su manera, estuvieron ahí para ayudarme.

Si alguien está pensando que voy a contar una historia de la selva, ya mismo lo tengo que sacar de ese error. Esta historia sucede en el zoológico. Los animales estaban encerrados, claro. En cierta forma, yo también.

Aunque ya pasaron casi tres años, no hay día en que no piense en esa época. A veces alcanza el olor, ese aroma intenso y algo nauseabundo que desprende el zoológico. O un ruido, el rugido de un león, el chillido de los guacamayos. Y en un instante las imágenes vuelven: todo lo bueno, lo malo, lo raro que pasó ahí.

Pero a quien más recuerdo es a Nina, la chimpancé. Mi chimpancé.

Ahora quizás alguien piense que esta es una historia estilo Tarzán. No, tampoco. Aunque en ese tiempo una vez me dijeron que yo me estaba volviendo un poco chimpancé. Era una broma, supongo.

O no tanto.

Quizás, a fin de cuentas, de eso se trate esta historia: de mi lado chimpancé.

Dos

Al principio yo no tenía ganas de ir. Para nada. A esa altura llevaba casi un año viviendo en Buenos Aires y la ciudad todavía me asustaba. Sabía que no había vuelta atrás, que tenía que acostumbrarme. No solo a Buenos Aires sino a todo lo demás: el departamento, las noches sin sueño, el dolor en el brazo, la nueva vida. Pero hasta ese momento mis intentos eran un fracaso.

Fue todo idea de mi madre. Una de las tantas tardes en que yo miraba televisión entró en la sala, se sentó a mi lado y se puso a hablar sobre un programa especial del zoológico del que había estado averiguando. Un proyecto interesante, dijo, para chicos como yo.

Saqué por un instante la vista de Los Simpson.

—¿Rayados?

—Nadie está poniendo rótulos, Ema. Es un programa para adolescentes con situaciones...

—le costó encontrar la palabra—... difíciles. Van una o dos veces por semana al zoológico y... ¿me estás escuchando?

En la pantalla, Homero se estaba poniendo rojo. Me divertía bastante más que la charla con mi vieja.

—¿Y quién nos va a curar? ¿El elefante?

Se mordió el labio inferior y esperó unos segundos. Era obvio que se había propuesto mostrarse positiva a cualquier precio y no discutir.

—No se tratar de curar, no es un tratamiento. Es más bien una actividad que te puede ayudar. Además, Ema, algo tenés que hacer. No vas al colegio, nada te interesa, no querés hablar de lo que pasó y...

Iba a decir algo de mi delgadez, seguro, pero se detuvo. Aunque en ese tiempo hablábamos poco, las dos nos habíamos hecho expertas en interpretar nuestros respectivos silencios. El mío le dijo que no se metiera por ese camino. Retrocedió.

—Y te gustan los animales.

—Los animales no van a cambiar nada.

—Hubo muchas experiencias con animales en que... —Creo que a mitad de la frase se dio cuenta de que así no íbamos a llegar a ningún lado. Trató de sonreír—. Estoy segura de que lo vas

a disfrutar. Aunque sea vayamos a una entrevista y ves de qué se trata. No perdés nada.

Me gustaban los animales, sí, pero no fue por eso que acepté la entrevista. Creo que a esa altura el encierro empezaba a ahogarme. Necesitaba salir un poco del departamento y esa era una excusa tan buena como cualquier otra. Cuando nos presentamos, una semana más tarde, nos recibió uno de los coordinadores del programa. Era un tipo flaco, de unos cuarenta años, que nos invitó a sentarnos al otro lado de su escritorio mientras soltaba una explicación breve de lo que hacían allí. Psicólogo, deduje enseguida: en esos tiempos los reconocía a la distancia. A su espalda había fotos de chicos vestidos de verde, chicos sonrientes que alimentaban a llamas y ciervos.

A mi vieja el tipo le gustó de inmediato. A mí, no. Estaba cansada de tratar con médicos y psicólogos, cansada de que me hicieran preguntas que no podía contestar. Tuve ganas de irme. Pensé en decir cualquier cosa, que en realidad no quería participar en ese programa, que había sido todo un error, y levantarme en ese mismo instante. Pero no lo hice. Me quedé sentada mientras el tipo me explicaba que ahora quería conversar con mi mamá

mientras yo recorría el zoológico junto a uno de los cuidadores, Raúl, que acababa de aparecer.

—Raúl es uno de los más antiguos...

Dejé de escuchar y bajé la vista al suelo. No quería ir a ninguna parte sin mi vieja, pero me daba vergüenza admitirlo. Finalmente, tenía quince años. Todos me estaban mirando y tuve más ganas, muchas más ganas de irme a casa.

—¿Vamos, Ema?

Raúl había abierto la puerta. Me levanté con esfuerzo y lo seguí. Me dolía un poco el estómago.

Atravesamos buena parte del parque mientras Raúl hablaba. Tenía unos cincuenta años, poco pelo y unos cuantos kilos de más. Y me trataba con un exceso de cuidado, como si yo fuese un bebé o un objeto frágil. Pero al menos no parecía esperar ninguna respuesta de mi parte, lo que me tranquilizó. Se puso a contar historias sobre serpientes que comían ratones vivos y camellos a los que por alguna razón se les torcía la joroba, pero yo no conseguía concentrarme en sus palabras. El zoológico me ponía nerviosa. Era un lugar abrumador: el intenso olor a bosta, los gritos de los animales, el revoloteo de las aves, todo me

provocaba una zozobra que iba creciendo a medida que avanzábamos. Un par de veces estuve a punto de decir que ya estaba bien, que había visto lo suficiente y podíamos volver. Pero seguí caminando.

Al rato llegamos a la zona de los monos. En uno de los recintos había cuatro o cinco animales juntos, que jugaban y gritaban. Y en el de al lado estaba ella sola. Nina, una chimpancé de once meses de edad. Aunque, en realidad, lo que yo vi fue apenas un cuerpo acurrucado, una bola de pelos que no me despertó mayor interés.

—¡Tenés suerte! —exclamó Raúl con una euforia que me pareció totalmente injustificada—. Es la primera vez que está a la vista del público. Y es solo por un ratito, para que se vaya adaptando al lugar. Nina tiene una historia difícil, ya te la vamos a contar. Ahora acercate a mirarla.

Acerqué mi cara casi hasta pegarla al vidrio. No veía por qué me tenía que interesar esa bola de pelos ni ninguna otra cosa del zoológico, al que no pensaba volver. Pero ese fue el momento en que Nina se incorporó. Era muy chiquita y tenía un cuerpo delgado, de aspecto frágil, aunque se movía con agilidad. Caminó hasta nosotros y puso una mano en el vidrio que nos separaba

mientras me miraba a los ojos. Directo a los ojos. A mí me pareció que en esos ojos extrañamente humanos se transparentaba algo: que esa chimpancé se sentía mal. Tan mal como yo. Por un momento me imaginé que agarraba a Nina, me la subía a los hombros y corría. Y seguía corriendo hasta escapar de ahí.

Cuando volví a entrar en la oficina, mamá y el psicólogo se callaron. Había una expectativa en el aire que me inquietó. En ella, sobre todo: era obvio que quería desesperadamente que alguien la ayudara a manejar la situación. O sea, a mí.

Yo ya había decidido no participar en ese asunto, pero no era buena peleando. Prefería decir cualquier cosa para salir del paso y después hacer lo que quería. Me senté en una de las sillas y desvié la vista hacia las fotos en la pared.

—¿Te gustó la recorrida? —preguntó el psicólogo. Se llamaba Luis, me lo había dicho antes. También me había dicho que no lo tratara de usted, que ahí todos se decían por el nombre, como amigos.

Pero yo solo asentí.

—¿Entonces te interesa el programa?

Volví a asentir.

—¿Te gustaría empezar la semana próxima?
Asentí una tercera vez.

Luis pensó un momento antes de hacer la siguiente pregunta. Creo que buscaba algo que necesitara palabras.

—Si pudieras elegir, ¿con qué animales te gustaría trabajar?

Yo también me tomé un momento.

—Con los chimpancés.

Eso, al menos, era verdad.

